

No se encuentra sobriedad semejante en las antologías de la poesía femenina en América. No se encuentra un tono de renunciación activa tan logrado y perfecto. Dora Isella ha ascendido largo trecho en las alturas de aire enrarecido donde muy pocos alcanzan, donde los planetas pueden mirarse de cerca sin cegarse y donde el manto azul del cielo nos envuelve como túnica y no como mortaja.

New Delhi, noviembre 1950.



«LLAMPO DE SANGRE», de OSCAR CASTRO, por Gonzalo Drago

Para los que hemos seguido, paso a paso, desde sus comienzos, la obra literaria del poeta y escritor Oscar Castro, la aparición de «Llampe de sangre», una de sus novelas póstumas, no ha sido una sorpresa, sino la confirmación de que el escritor rancagüino no era solamente un poeta de indiscutibles méritos, sino que también un novelista de garra que sabía penetrar en el alma individual y colectiva de los hombres, para arrancarles sus más íntimos secretos.

Es interesante observar que Oscar Castro sólo ha venido a ser conocido por el público como novelista después de su muerte, ocurrida en noviembre de 1948, privando a las letras nacionales de uno de sus más auténticos cultivadores. La razón, naturalmente, es muy sencilla, y nuestros lectores deben conocerla antes de que la consignemos: la falta de interés de las editoriales nacionales para publicar las obras de escritores chilenos. «Llampe de sangre» estuvo varios años en poder de una de nuestras más importantes Editoria-

les, para, al fin, serle devuelta a la viuda del autor con una lacónica explicación.

Afortunadamente, la «Editorial del Pacífico», con un acierto que aplaudimos sin reservas, tuvo la amplia visión de lanzar la obra mencionada, dando a conocer al público, en esa forma, a un Oscar Castro novelista que en nada desmerece al poeta que nos diera tan bellas páginas con «Camino en el alba», «Viaje del alba a la noche» y «Reconquista del Hombre».

«Llampo de sangre» es una novela de ambiente minero. Es decir, sus protagonistas, salvo una excepción, son todos hombres rudos, endurecidos por el trabajo cotidiano, que saben del ensordecedor estruendo de la dinamita y del inmisericorde tableteo de los taladros que perforan las rocas de la montaña. El ambiente está descrito con certeza. La mina «El encanto» es pequeña, uno de los innumerables yacimientos mineros en explotación a lo largo y ancho de la patria chilena. Hasta allí llegan hombres de diversos puntos, atraídos por el miraje del oro que la montaña esconde avaramente y que sólo entrega a los machos que saben desflorar sus carnes pétreas. El hecho de que conozcamos pequeños minerales, semejantes a «El encanto», nos pone en condiciones de constatar que Oscar Castro tenía las pupilas abiertas a la realidad para captar todos aquellos detalles que dan vida y movimiento al paisaje y a los personajes que transitan por las páginas de su último libro.

El autor de «Llampo de sangre» no necesita muchas frases para presentarnos a sus personajes. Le basta destacar algún gesto personal, algún defecto físico o moral de un minero, para darnos la idea exacta de su fisonomía física o espiritual. Don Pascua, Taita Chuma, Armando Escalona, Ricardo Robles, Juan el

Ciego, son hombres de carne y hueso que se nos quedan grabados en la sensibilidad como si alguna vez hubiéramos estado en su presencia, escuchando sus voces agrias, alegres o torturadas por sus problemas o por las supersticiones que rondan el corazón de todos los mineros. Y hay también una mujer: Emilia del Carmen Rosales, que es como un símbolo de nuestra sufrida y maravillosa mujer del pueblo, que se enfrenta a la vida con el coraje que se necesita para vivir en un medio donde las pasiones adquieren una potente animalidad de la que sabe defenderse hasta caer rendida entre los brazos de Ricardo Robles, un minero que termina por despreciarla.

Mucho podríamos decir sobre «Llampo de sangre». Es la vida completa de un pequeño mineral chileno, con todas sus alegrías, congojas, esperanzas, fracasos, noblezas y bajezas de los hombres que la habitan. Un mundo sórdido, sostenido por esa bella esperanza de todos los que han nacido bajo el signo de la estrella tutelar que los conduce fatalmente, inevitablemente, al corazón de una mina. Oscar Castro, poeta ante todo, embellece las descripciones de la mina con acertadas metáforas: «Adelante marchaba don Pascua con una lámpara de carburo y bailaban las sombras alargando sus negros elásticos en las paredes relucientes. Gotas de filtración caían desde lo alto, en lento y pausado lloro. Y había olor de cosa enmohecida, de ácidos diluidos, de pólvora tal vez en el aire tenso como la piel de un tambor». Todo aquel que haya penetrado a una mina, constatará de inmediato la impresión exacta de la narración. Los otros, tendrán la impresión vívida a través de las palabras que alcanzan una sobriedad de expresión que no perjudica a la esmerada construcción del estilo.

Con «Llampo de sangre» se enriquece la literatura chilena en general y en el tema minero en especial. Es muy interesante observar de que siendo Chile un país esencialmente minero, no son muchos los escritores que se han preocupado de auscultar y de profundizar en la vida áspera, ruda, esperanzada e inconfundible de nuestros «cateadores» o mineros que trabajan en grandes factorías mineras o en los pequeños e innumerables minerales repartidos a lo largo de nuestra franja de tierra metálica. A través de las montañas de nuestra patria, siempre hay un chileno detrás del filón o de la veta que se esconden mañosamente para probar la tenacidad y la indomable voluntad de nuestro «roto». Por eso, es digno de destacar el esfuerzo de algunos escritores, como Baltazar Castro Palma, con su «Piedra y Nieve» y «Sewell», Zady Zañartu con «Chilecito» y «Llampo brujo», llegando ahora a Oscar Castro, sin mencionar al clásico de nuestras letras Baldomero Lillo, autor de aquellos libros insuperables: «Sub-Terra» y «Sub-Sole», quienes nos han mostrado la áspera existencia del minero.

Si algo debemos lamentar en estas líneas, es que «Llampo de sangre» no haya podido salir a luz, por incomprensión de las editoriales nacionales, en vida del autor, quien tenía cifradas tantas y tan justificadas esperanzas en la obra citada. Castro tuvo que sufrir verdaderas vía-crucis para poder interesar a los editorialistas a publicar sus obras poéticas y prosa. Su talento creador se estrelló muchas veces contra ese muro de indiferencia y de prepotencia, de los que estaban llamados a recibir su aporte a la literatura chilena y continental. Felizmente, aunque en la hora póstuma, «Editorial Pacífico» ha lanzado la obra que constituye en la actualidad una de las mejores en circulación, y

que ha dado al prematuramente desaparecido escritor chileno un lugar destacado entre los novelistas americanos.



«RED EN EL GÉNESIS» de ANTONIO DE UNDURRAGA,  
por Manuel Valldeperes

Se entra en «Red en el Génesis» (1), antología del poeta chileno Antonio de Undurraga, por el camino, siempre renovado, de las sorpresas: sorpresa de la palabra, sorpresa de la imagen, sorpresa de la autenticidad... Estas sorpresas, luchando con las cuales va adentrándose el lector en la esencia del poema, son los reflejos alucinantes de su originalidad. Una originalidad que nos permite ver el mundo, con su angustia de siempre, desde ángulos inexplorados.

Hemos dicho angustia, porque la angustia del hombre—tan diversa y tan semejante—es lo que contiene la poesía de Antonio de Undurraga. Pero no la angustia superficial que proviene de la esperanza del ser, sino esa otra angustia más honda, más íntima, que le viene al hombre de la propia raíz de su existencia. Y esta es la razón por la cual el poeta se expresa invariablemente en forma simbólica. Pero es el suyo un simbolismo sin llanto, porque su poesía—tan viva—lo contiene todo, «una dalia, una mano, la mitad de un navío, todo, menos el solo llanto».

¿Poesía rebelde? Quizás sí; pero con rebeldía íntima, porque Antonio de Undurraga no siente la preocupación de la vida—del diario hacer del hombre—

---

(1) Antología publicada por Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1950. 112 págs.